

## Reseña

**Anne Boyd Rioux. *El legado de Mujercitas. Construcción de un clásico en disputa.* Ampersand: Buenos Aires, 2018. 363 pp.**

**“Háganle saber al mundo que están vivas”**

**María Julia Rossi<sup>1</sup>**

La constante actualidad de la novela *Mujercitas* de Louise May Alcott no sorprendería a sus lectoras juveniles tanto como su fecha de publicación: el año 1868. Y acaso esa sensación de contemporaneidad permanente se deba al brío inolvidable de su protagonista y esa especie de batalla constante en la que vive. Josephine March, más conocida como Jo, es el paradigma de la renuncia de la domesticidad en favor de la busca de otros horizontes, ya sean artísticos, intelectuales o profesionales, de una mujer. En una guerra que parece no terminar de ganarse nunca sino que está perpetuamente librando nuevas batallas, la clásica novela de Alcott reafirma una intención, el éxito de una voluntad o, más precisamente, de un deseo.

Anne Boyd Rioux en *El legado de Mujercitas. Construcción de un clásico en disputa* no se ocupa tanto del libro como del universo que a su alrededor se fue creando y explora muchas de sus diversas regiones: los detalles

---

<sup>1</sup> **María Julia Rossi** es doctora en literatura latinoamericana por la Universidad de Pittsburgh. Estudió Letras en la Universidad Nacional de Rosario y Actuación en la entonces Escuela Nacional de Teatro y Títeres. Sus artículos de crítica literaria han aparecido en publicaciones como *Nueva Revista de Filología Hispánica*, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* y *Revista Iberoamericana*. Coeditó el volumen *Los de abajo. Tres siglos de sirvientes en el arte y la literatura de América Latina* (2018) y el *Epistolario* de José Bianco (2018). Es profesora en John Jay College, City University of New York, y acaba de publicar su libro *Ficciones de emancipación. Los sirvientes literarios de Silvina Ocampo, Elena Garro y Clarice Lispector* (2020). Contacto: mrossi@jjay.cuny.edu.

biográficos de Alcott y su familia inmediata, la historia de la génesis tanto personal como editorial del libro, un análisis de su cualidad de extraordinario, la situación del libro –entre otras (muchísimas) obras apenas conocidas de la autora– en el mundo literario norteamericano, las sucesivas reescrituras en medios distintos (la más reciente de las cuales estaba en preparación cuando se publicó *El legado*) y el impacto del libro en la formación intelectual o más bien cultural en un sentido amplio de muchas generaciones de mujeres. Pero por ambiciosa que esta enumeración parezca, ahí no termina el aliento de este proyecto –que contó con el apoyo, entre otros, de una de las becas en humanidades más competitivas de los Estados Unidos–: Boyd Rioux conecta las deficiencias culturales y mentales por las que las mujeres seguimos ocupando un lugar subsidiario en buena parte del mundo con los criterios más difundidos que rigen los programas de lectura y selecciones escolares de libros, donde el sesgo de género nos perjudica, rastreando así la genealogía de la desigualdad hasta la formación lectora.

El libro está dividido en nueve capítulos agrupados en tres partes que siguen una organización cronológica –el origen, las reescrituras e influencias, la escena actual– pero también cada una de las partes tiene un trabajo crítico distintivo y propio. La primera, “La construcción de un clásico”, parte de un extenso trabajo de archivo historiográfico y reconstruye la vida familiar de Alcott, la importancia de la familia y sus problemas para la escritora, y el rol que ocupaba el trabajo intelectual en su vida. La segunda, “La vida de un clásico”, es un rastreo exhaustivo de numerosas producciones culturales inspiradas en la novela o afectadas por su lectura en el mundo anglosajón, así como de una buena cantidad de escritoras cuyos encuentros con la novela resultaron formativos o estimulantes. La tercera, “Un clásico para hoy”, elabora un profundo argumento sobre el problema que supone que la representación literaria de la experiencia femenina sea una lectura privada, ajena al canon y poco recomendable para niños varones, y sus consecuencias en la vida civil. Si en la infancia todos leemos las vidas de los hombres pero sólo las mujeres las vidas de las mujeres, las desigualdades sistémicas que seguirán en la en la adultez no deberían sorprender a nadie.

La narración de la vida de Louisa May Alcott tiene el ritmo de una novela. Y, como en una buena novela, mucho de su éxito radica en la riqueza y sorprendente originalidad de sus detalles. De acuerdo con Boyd Rioux, algunas partes de la biografía de Alcott pertenecen ya al imaginario popular y se asocian con la imagen casi mítica de su persona de autora. Muchos de estos detalles son una proyección de la familia March de la ficción sobre los Alcott: la pobreza noble de su numerosa familia, la responsabilidad que la escritora asumió para sacar a todos adelante con su labor creativa, un padre idealizado pero ausente. Y acaso los personajes más fascinantes de la biografía compuesta por Boyd Rioux sean los padres de Louisa: Bronson Alcott, el padre, un “excéntrico” (46), “una especie de inadaptado muy querible” (50) que “se negaba a hacer cualquier tipo de trabajo” (46) y Abigail, la madre sacrificada y trabajadora, siempre presente junto a sus numerosas hijas. Pero ninguno es lo que parece a primera vista, como buenos personajes de novela, y un par de ejemplos, que en *El legado* abundan, lo demuestran: Bronson era mucho menos encantador de lo que los ambiguos epítetos inspiran y Abigail era mucho más vibrante, menos silenciosa y sumisa de lo que se suponía. Bronson, profundamente espiritual y autoritario (imponiendo el vegetarianismo en una mesa que no proveía), “nunca contribuyó demasiado a la economía familiar” (50). Cuando Louisa era bebé, su padre abandonó a una Abigail embarazada y al cuidado de dos hijas para ir a otra ciudad a estudiar en la biblioteca a “suplir la escasa educación que había recibido como hijo de un granjero pobre” durante... un año y medio (43). Abigail, por su parte, llevaba un elocuente diario y batallaba más con su situación de lo que la imagen de la Marmee de ficción permite suponer. Su objetivo era criar mujeres fuertes –acaso más fuertes que ella misma o menos resignadas– y la idea de que una mujer podía lograr lo mismo que un hombre, algo que en su caso le había sido esquivo, encabezaba sus enseñanzas. Esos consejos, de fuerte impronta feminista, exudan un espíritu arrebatador, como el potente “Háganle saber al mundo que están vivas” (53). La biografía de Alcott es, sin duda, el fuerte narrativo de *El legado*.

En parte gracias a su “teatralidad hogareña” (119), *Mujercitas* se tradujo a la escena de manera muy temprana: desde las representaciones teatrales y radiofónicas de la primera mitad del siglo XX hasta las numerosas versiones fílmicas, cuenta con versiones de ópera (1998), teatro musical (2004) y opereta (en la década de 1930). En cine, Katharine Hepburn hizo de Jo (en la versión de 1933), Elizabeth Taylor de Amy (en la de 1949) y la de 1994 reúne a Winona Ryder como Jo, Claire Danes como Beth y Kirsten Dunst como Amy: estas actrices llevaron a la pantalla a las hermanas March de la mano de los cambios en el ritmo del consumo en la historia de los Estados Unidos, algo sobre lo que el libro vuelve de manera crítica. Aunque no había salido aún la versión de Greta Gerwig (2019) –que en su manera de combinar la biografía de Alcott con las peripecias de Jo March dialoga mucho con este libro crítico–, Boyd Rioux anuncia la miniserie que por esa época sacaba la BBC (2017, con Emily Watson como Marmee y Angela Lansbury en el rol de la tía March). Y he aquí uno de los pocos espacios para seguir investigando que este libro tan exhaustivo deja vislumbrar: si bien se mencionan algunas versiones televisivas de otros países, en especial de habla no inglesa, la investigación no sigue ese curso (ni en pantalla ni en traducciones de la novela). Me pregunto entonces qué forma adoptaría y qué resultados daría una investigación sobre las traducciones, la circulación y el impacto de las numerosas ediciones de *Mujercitas* en español: la de la colección Robin Hood que tantas de mi generación leímos no es sino una más en la larga lista de ediciones que inauguró la traducción de Enriqueta Albanella para la Editorial Molino en 1943 (la referencia a la Argentina aparece en *El legado* pero es, como no puede reprochársele a un proyecto que persigue otros afanes, limitada).

La magnitud de esta novela es extraordinaria, algo que empezamos a concebir al leer una afirmación tan rotunda como esta: “*Mujercitas* es sin duda el libro de mayor influencia literaria que haya escrito una mujer estadounidense” (165). Y Boyd Rioux explica este fenómeno tanto por el contexto de la primacía masculina en el canon estadounidense como por el carácter fundacional de la novela en lo que llama el “desarrollo de las tradiciones literarias femeninas” (173). Un libro –infantil para más inri– que

puede ubicarse en el origen de tradiciones tan disímiles como las que abarca un género entero es, sin duda como dice, una obra literaria potente. Esta potencia generativa de resultados tan prolíficos y heterogéneos se debe a dos apuestas fundamentales. La primera es que Jo March haya sido, como lo fue para la escritora de ciencia ficción Ursula K. Le Guin, la primera imagen de una mujer que escribe –lo cual no es poco–. Y la segunda es que la novela sea una puesta en acto del interés de la vida de una mujer o de un grupo de mujeres como vidas con interés para la ficción. Estas conexiones de aspectos literarios con la vida extraliteraria asignan en cierto modo a la literatura un rol esencial en la formación de la sensibilidad de varias generaciones (los estudios recientes sobre el impacto de *Mujercitas* tampoco suelen limitarse al texto literario sino que abordan, desde distintos puntos de vista, el fenómeno al que dio origen). De este modo, invita a pensar en las decisiones que se toman durante la escolarización, los horizontes que definen (y aquellos que obturan) y a revisar los hábitos de lectura en términos éticos.

Dos años antes de sacar este volumen, Anne Boyd Rioux se había dedicado a otra investigación que compartía el mismo ímpetu: un libro sobre Constance Fenimore Woolson (1840–1894), una autora estadounidense casi desconocida en la Argentina. El trabajo de Boyd Rioux no sólo repone partes omitidas de la historia literaria de su país sino que expande el público lector de la crítica literaria de una manera exponencial. En el caso de *El legado de Mujercitas. Construcción de un clásico en disputa*, la magnitud de su investigación, la forma de construir el objeto y, en particular, su manera de escribir (que puede intuirse más allá de la traducción y la edición) orientan la mirada lectora hacia sectores poco iluminados de la biblioteca (o iluminados con una luz cuyos brillos no alcanzan la crítica considerada seria, como en el caso de *Mujercitas*). Y lo hace a través de un tipo de ensayo en el cual el rigor no necesariamente conduce al aburrimiento ni a la aridez de la prosa ni del razonamiento (una tradición bastante rica en inglés la del ensayo literario para el público lector), sino que construye un relato –hecho de tramos narrativos intrigantes y argumentos provocativos– que apela a lectores comunes, como los llamaron alguna vez T. S. Eliot y Virginia Woolf.